

GOMEZ:
EL GRAN DICTADOR VISTO POR POLANCO ALCANTARA

Por R. J. LOVERA DE-SOLA

I

Lógica continuación de las tareas que, como biógrafo, ha emprendido Tomás Polanco Alcántara, es su libro *Juan Vicente Gómez: aproximación a una biografía* (Caracas: Academia Nacional de la Historia / Ed. Grijalbo, 1990. 540 p.). Al leerla nos damos cuenta de que estamos ante una obra de especial importancia. Frente a ella no podemos dejar de afirmar que nos situamos ante un libro serio, imparcial y rotundo. Y el hecho de haberse basado su autor en las palabras y en los documentos de los protagonistas de este proceso, convierten a esta vida en libro bien fundamentado. Ello, a su vez, le ha permitido a su autor, rectificar numerosas consejas que la tradición oral caraqueña ha sostenido como verdaderas, desde hace más de medio siglo. Así todo en este volumen es positivo y por largos pasajes no deja de ser tomo de apasionante lectura, en la cual se escruta un hombre y un tiempo decisivos en nuestro devenir.

En su libro parte Polanco de estas afirmaciones: “Debo advertir enfáticamente que esta obra no es una historia del gomecismo ni de la época gomecista sino solamente una “aproximación biográfica” a Juan Vicente Gómez” (p. 13). Y, a continuación, anota: “He procurado en este libro citar únicamente documentos y testimonios directos y no opiniones” (p. 16). Así nos encontramos, al leerlo, que estamos ante una biografía de Gómez en la cual, su periplo vital está contado por sí mismo, por el protagonista de los hechos narrados; a través de testigos cercanos, o por los propios actores presentes durante los cuarenta y tres años de su vida pública, iniciada el 2 de marzo de 1892, en la Batalla de Colón, acentuada a partir de la madrugada del 23 de mayo de 1899 y no cerrada sino pocos minutos antes de la medianoche del 17 de diciembre de 1935.

Insiste Polanco en que “El único propósito de esta obra es estudiar la vida y personalidad de... Gómez pues para los venezolanos y para Venezuela... Gómez debe ser estudiado y analizado cuidadosamente, aunque se le odie con intensidad o se le rechace con altivez enérgica” (p. 18). De allí que insista en diferenciar, en el caso de Gómez, a la importancia de la grandeza. El sabe que si bien Gómez fue importante no fue grande. Y es la impronta que dejó en el devenir venezolano lo que nos obliga a estudiarlo. El lo examina siguiendo un certero criterio: “No corresponde al biógrafo juzgar sino exponer la conducta del biografiado” (p. 283).

Por esto mismo, a través de las páginas de este libro, se ha propuesto buscar “los indicios del ánimo” de su personaje, como lo recomendaba hacer Plutarco (45-125 d.C.) en una de sus Vidas paralelas (p. 9).

luego comunicado a su marido, Santos Matute Gómez, uno de los medio hermanos del Presidente, que esta antes había vivido con él. Al saberlo Santos Matute la abandonó y esta se suicidó. A vengar aquella muerte, en una escena digna de una ópera verdiana, había entrado Dionisia Bello a Miraflores. Se dijo que Gómez la expulsó del país. Ahora sabemos que esta dama siguió viviendo, rodeada de respeto, durante los doce años que siguieron a la muerte de don Juancho y que no fue, hasta el 3 de junio de 1935, a escasos ciento sesenta y seis días del fallecimiento de Gómez, cuando aquella dejó Venezuela y se trasladó a Francia.

Recalca Polanco que, para entender lo hecho por Gómez desde el gobierno, es necesario conocer cuáles eran las características de la Venezuela que encontró cuando, el 19 de diciembre de 1908, tomó el poder.

En aquellos años Venezuela era un país incomunicado internacionalmente pues mantenía relaciones con muy pocos países. Y éstas, en el momento en que Gómez llegó, la mañana de aquel día, a la Casa Amarilla, a dar el golpe, estaban profundamente deterioradas debido a las políticas absurdas del descocado Presidente Castro.

Pero también, en aquellos días, Venezuela carecía de todo tipo de estadísticas que permitieran establecer un plan de gobierno a corto plazo; la administración de justicia estaba en pésimo estado; gravísima era la situación del régimen carcelario; la vida municipal estaba prácticamente paralizada en todo el país; existían graves enfermedades, como el paludismo y la tuberculosis, que estaban minando la población del país; sólo estudiaban 25.000 jóvenes venezolanos; se llevaban a cabo poquísimas obras públicas; el país tenía contraída una alta deuda pública con sus acreedores internacionales y la falta de vías de comunicación tenía incomunicado a un país que debía tenerlas para integrarse plenamente.

Este siniestro balance se obtiene de la lectura de las Actas del Congreso de Municipalidades (enero 19, 1911 - mayo 1º, 1912), convocado por el Gobierno y realizado en Caracas. Gómez estuvo presente en su instalación y en algunas de sus sesiones (p. 137). De los papeles de esta importante reunión se podía extraer una visión terrorífica de nuestro país. De allí que un plan de trabajo a corto plazo, que fue lo que puso en práctica Gómez, cosa que siempre han negado sus adversarios, se basara en cuatro puntos cervicales: mejoramiento de las rentas nacionales, inicio de un conjunto de obras públicas donde las carreteras fueran esenciales; realización de las necesarias reformas e instrumentación de una sabia política educacional, cuyas bases había señalado Samuel Darío Maldonado (1870-1925) y puesto en marcha José Gil Fortoul (1861-1943).

Así el balance de lo hecho por Gómez, cosa que Polanco nos muestra prolijamente en su libro, estribó en poner fin a las guerras civiles, con la toma de Ciudad Bolívar (junio 21, 1903); pagó la deuda externa, tanto la originada por los Protocolos de Washington (octubre 1º, 1912), como lo que restaba de ella (mayo 22, 1930); hizo posible las comunicaciones del país, lo que hizo que éste se vertebrara como una unidad; organizó el Ejército y la Hacienda Pública; unificó el país e inició el control de la riqueza petrolera.

Todo lo expresado en forma esquemática sobre este volumen nos pone ante una obra de especiales relieves para el análisis de la personalidad de Gómez.

II

Curiosa había sido la peripecia vital de Juan Vicente Gómez Chacón, cuando llegó a Caracas, a principios de 1900, tras las huestes castristas. Tenía entonces aquel rico hacendado, cuarenta y tres años. Hijo de Pedro Cornelio Gómez (1835-1883) y de Hermenegilda Chacón, quienes habían casado en 1856, fue el hijo mayor de aquellos. En la casa de sus padres, en la Hacienda La Mulera, en el sitio denominado El Salado, nació el 24 de julio de 1857.

En la escolita que funcionaba en las tierras donde nació, recibió Gómez la enseñanza básica. Fueron sus maestros Ramón Navarro y otro de apellido Villegas, cuyo nombre propio no citan las fuentes. Lo que aprendió allí era rudimentario: leer y escribir. Esta última, como dice Polanco, “desde luego con no buena sintaxis ni ortografía” (p. 32). Debió estar muy poco tiempo en aquella aula pues ya, a los quince años, lo encontramos trabajando. Su mejor escuela fue el trabajo, laborando “aprendió a ser previsivo, a estudiar cuidadosamente las realidades que lo rodeaban y a tratar de conocer a aquellos a quienes trataba” (p. 41). Esto que indica Polanco pareció ser siempre su modo de manejarse. Fue por ello que, ya desde el poder, escribió (agosto 14, 1910) a Rafael María Carabaño, “Como es mi deber estar atento al desenvolvimiento de la política, procuro observarlo todo para ver el rumbo que toma cada cual y determinar mis procedimientos” (p. 169). Ese mismo modo le permitió sobrevivir políticamente bajo el castrismo ya que, en estos años, en que gobernaba su compadre, quien no siempre lo vio con buenos ojos, debió saber mirarlo todo intuitivamente. Por ello “espera, adelanta, se detiene, vuelve a esperar y no le importa otra vez, detenerse para avanzar cuando llegue el momento propicio” (p. 45).

Tenía Gómez veintiséis años cuando, en 1883, falleció el padre. En ese momento, como primogénito, debió ponerse al frente del clan.

En 1888 conoció a Cipriano Castro. Aquel tenía, entonces, veintinueve años, pues había nacido en Capacho, el 12 de diciembre de 1858. Fue el inicio de una relación que muy pronto cambiaría por entero la vida del agricultor Gómez. Junto a Castro ingresó en la política. Cerca de él recibió su bautismo de fuego. Eso sucedió el 29 de marzo de 1892, en la batalla de Colón. Con él estuvo en su lucha, en favor de los “continuistas” quienes deseaban se perpetuara en el poder el corrupto presidente Raimundo Andueza Palacio (1851-1900). Los “continuistas”, entre los cuales se encontraban Castro y Gómez, fueron vencidos por los revolucionarios “legalistas”. Fue así como Joaquín Crespo (1841-1898) pudo llegar al poder. Los dos compadres tuvieron que tomar el camino del exilio.

Se residiaron en Cúcuta. Gómez siguió trabajando. Castro conspirando. Este vino a Caracas cuando fue electo Presidente Ignacio Andrade (1836-1925). Pero pronto volvió y decidió levantarse en armas. Fue el inicio de la aventura de los “sesenta”, quienes invadieron a Venezuela el 23 de mayo de 1899. El 22 de octubre del mismo año, a escasos cinco meses del alzamiento, Castro tomó el poder y comenzó a despachar desde la Casa Amarilla, la cual fue residencia presidencial hasta el terremoto del 29 de octubre de 1900.

nunca el poder. Fue el mismo error que más tarde cometería su tío José Rosario García (1860-1934), al proponerle, en 1931, un sustituto.

Cuando Gómez concibió ese plan, de alguna forma Venezuela se encontraba de espaldas al mundo de su tiempo, a los pujantes años veinte. Por ello, escribe Polanco, "Algunos venezolanos sí sabían lo que estaba pasando afuera pero de haberse referido a esos temas, quizá el intento no hubiera pasado de ser un monólogo, desde luego carente de interlocutor... Es razonable afirmar que en ese contraste, entre la agitación intelectual, política y social del mundo y la vida apacible de Gómez en Maracay, estaba el fondo de la tragedia venezolana. De haber vibrado Gómez, lo que era imposible, al ritmo del nuevo mundo, el destino del país hubiera sido bien distinto... Pero más grave fue que esa falta de sintonía personal de Gómez respecto al mundo, se hizo característica del grupo conductor del país" (pp. 294-295).

Es este el momento en que el "paso del Período Provisional, que fue de 1915 a 1922, al "Período Constitucional" siguiente, resultó ser la experiencia más dura y difícil de la actuación política de... Gómez. Probablemente también fue uno de sus errores y además la pérdida de una excelente oportunidad para dar solución definitiva al gobierno de la República y a su propia vida" (p. 293).

Cuando decidió auspiciar una reforma constitucional, en 1922, y crear las Vice-Presidencias —la primera para su hermano Juan Crisóstomo y la segunda para su hijo José Vicente— creó una gran crisis dentro de las propias filas del gomecismo. Hasta el punto de que, al menos tres de sus mejores colaboradores, dejaron de serlo. Por razones distintas. Pero ya no estuvieron más, cerca de él, Victorino Márquez Bustillos (1858-1941), Esteban Gil Borges (1879-1942) y Santo A. Dominici (1869-1954). Además, lo pensado en el plan de sucesión, falló: don Juancho fue asesinado el 30 de junio de 1923, seguramente, como concluye Polanco, como consecuencia de una historia amorosa de honda raigambre familiar, una venganza femenina (p. 324).

La vida siguió corriendo. Un día murió, en Puerto Rico, el General Cipriano Castro (diciembre 5, 1924). Cuatro años más tarde (febrero 6-12, 1928), nuevas fuerzas sociales, de alguna forma creadas como consecuencia de su acción de gobierno (p. 345), tomaron la palabra, por vez primera: la generación política de 1928. De entre aquel puñado de jóvenes surgieron Rómulo Betancourt (1908-1981), el "talento planificador" (p. 348), y Jóvito Villalba (1890-1989), "el instrumento externo, la fuerza oratoria que cautivaba" (p. 348).

Terminado el período presidencial, en 1929, Gómez fue, otra vez, electo Presidente el 3 de mayo. Al día siguiente renunció. Había decidido ser Comandante en Jefe del Ejército y que se nombrara a un Presidente. El 19 de abril de 1929, al culminar el período, se había encargado el doctor Juan Bautista Pérez (1869-1952), quien fue ratificado Presidente por el Congreso, siguiendo las instrucciones de Gómez. Pérez cesó en sus funciones el 13 de junio de 1931. Seis días más tarde (junio 19), Gómez asumió, nuevamente, la Presidencia.

Cuando el gobierno de Pérez hizo crisis, el doctor José Rosario García, tío de Gómez, miembro de la rama legítima de su familia (pp. 28-30), quien siempre tuvo mucha influencia sobre su sobrino con sus consejos políticos, le

propuso que su sucesor, en la Presidencia, fuera el General José María García (1874-1954), un miembro de su familia (pp. 410-411). La actitud de Gómez fue, como era lógico de esperarse, de absoluta negativa. Dio órdenes de sacar al tío de Maracay, a quien no volvió a ver hasta su deceso, tres años más tarde. Y José María García fue separado, definitivamente, de todo cargo público.

Poco a poco llegaron los últimos días. El 9 de noviembre de 1935 vino, por última vez, a Caracas. El 14 regresó a Maracay. A poco se divulgó que el anciano dictador, quien tenía entonces setenta y ocho años, estaba enfermo. Así lo confirmó, el 7 de diciembre, el Canciller al Cuerpo Diplomático. El 15 de diciembre entró en estado de coma. Tuvo sin embargo, una leve mejoría, pero cayó, otra vez, en el sopor.

El mismo día 15 de diciembre, los Ministros del Despacho Ejecutivo se reunieron en el Palacio de Miraflores, en Caracas. En esta Junta eligieron al sucesor del Presidente enfermo. Fue escogido el Ministro de Guerra y Marina, que era el General Eleazar López Contreras. Inmediatamente el Secretario del Consejo de Ministros levantó el acta respectiva. Todos los presentes estamparon su firma en ella. Esta fue, luego, pasada al libro respectivo y sólo se dejó en blanco el lugar de la fecha para ser rellenado cuando se produjera el fallecimiento de Presidente Gómez. En aquel momento el deceso del gran dictador de Venezuela era inminente.

Casi terminaba la noche del 17 de diciembre. En la habitación del General sólo estaban presentes varios médicos: su yerno Ramón Ignacio Méndez Llamozas, José López Rodríguez, Rafael González Rincones, Pedro González Rincones y Nicolás Cárdenas Faría. En la puerta se encontraba el Coronel Márquez Iragorry. El doctor Cárdenas Faría le tomó el pulso al agonizante anciano. Se dio cuenta de que éste había desaparecido. Informó a todos que el General había muerto. Eran entonces las 11:55 p.m. Al saberlo, desde lo alto de la escalera que llevaba a la planta alta, el General Vicencio Pérez Soto (1883-1955) anunció a todos los presentes la noticia que a poco recorrió toda la geografía del país. Un hombre y un tiempo habían acabado. Había muerto Gómez. El gomecismo no concluiría sino una década más tarde.

En la partida de defunción de Juan Vicente Gómez se lee que, quien había muerto era soltero, agricultor y Presidente de la República. Pese a su condición civil el General dejaba sesenta y cuatro hijos que había procreado en treinta y tres mujeres (p. 483). Pero, de todas estas mujeres, dos tuvieron prioridad y fueron reconocidas como sus esposas, aunque él nunca se casó con ellas ni habitó en la misma casa en que ellas residieron. Nos referimos a Dionisia Bello y a Dolores Amelia Núñez de Cáceres, las madres de los hijos que siempre le rodearon. Así la historia ha reconocido a los Gómez Bello y a los Gómez Núñez como sus hijos legítimos, así jurídicamente no lo fueran. Con Dionisia convivió desde un poco antes de 1888, año en que nació el hijo mayor, José Vicente, hasta 1907. De ese año en adelante, doña Dionisia fue sustituida por Dolores Amelia.

Caracas, mayo 28 - junio 4, 1990.